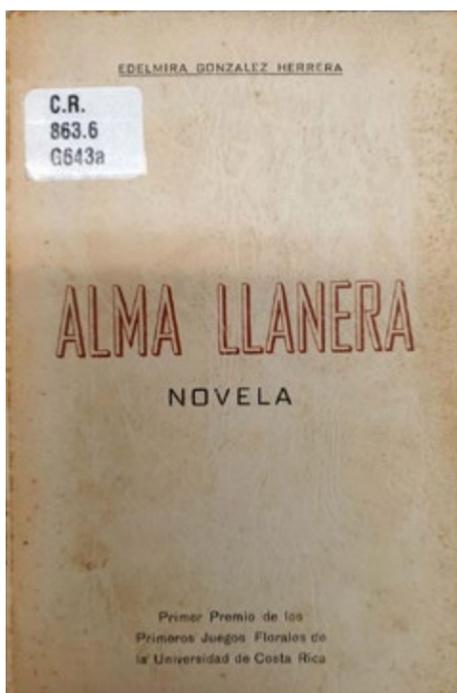


Edelmira González
Herrera



Un paisaje móvil al través de un espíritu inmóvil. El paisaje de las llanuras guanacastecas con variaciones, que se persiguen incansables.

Quien lo observa es el espíritu encadenado al cuerpo enfermizo de un niño de curiosidad infinita que, las unas a las otras, se suceden sin descanso.

En un niño inválido surge el capricho de ver el campo muy de cerca. No al través de los cristales, nada limpios, de la ventanuca que pretende dar luz al dormitorio lleno de monotonías desesperantes.

Hambre y sed de aire, de luz de espacio, de movimiento. El mismo aire puro, la misma luz brillante, el mismo inquieto movimiento de la llanura en la que el niño enfermo ha nacido.

Asistimos a la lenta conquista de ese espacio lleno de misterios que embrujan. El del mar que apenas se divisa. El de la llanura que se pierde sin 'saber cuándo, sin saber dónde. El de la montaña que al igual de una aspiración noble, se levanta, con pueriles anhelos de jugar al escondite con las nubes fugaces.

La vida, ante los ojos del pobre paralítico, se presenta con matices oscuros de tragedia. Traición en los animales escondidos en las malezas. Traición en las insaciables aves de rapiña. Lo que es más triste, profunda traición en las almas huidizas de los hombres.

Como respuesta única a tantas manifestaciones ingratas, un intenso y puro amor a la tierra, huraña y afectuosa, que tiene, mujer al fin, veleidades insospechadas, y entregas inesperadas, también.

Este niño es un símbolo de esperanza, de paciencia inagotable para quienes han perdido, una a una, todas las inefables ingenuidades de la infancia.

A la par de aquella vida ansiosa de vivir y de ser vivida, el espíritu hundido en las bellezas de las leyendas turbadoras, del nicaragüense Argüello, hombre de arrestos poderosos en la vida real y de imaginación saturada de ensueños que, a él, le parecen realidades.

Como fondo, la existencia angustiada y sin esperanza del minero. La vida del hombre de la pampa que ahoga sus inquietudes en la más desbordante de las alegrías. Y los

momentos, no menos saturados de melancolía sin consuelo, de la maestra rural. ¿Desterrada de su propio mundo? Hundida en un universo de perfidias que se evidencian en asaltos inesperados a la propia virtud.

Es, el llano, una escuela de dolor en la que, con crueldad sin segundo se enseña, a los grandes y a los pequeños, a sufrir con resignación y a hacer sufrir sin piedad.

En ese mismo llano, el fondo armonioso de los cantos que van improvisando los carreteros. De los tumbos que las irregularidades del camino hacen dar a las ruedas que van cantando también. De los gritos de entusiasmo que surgen de las gargantas secas de los sabaneros. y los rasgueos de las guitarras y las locuras de las marimbos Todo haciendo segunda a las cavilaciones sinfín de muchachos esclavizados por la enfermedad que no sabe de compasiones.

De pronto, el encuentro con la primera deslealtad. La madre, insospechada, en brazos de quien no es su marido. La serenata clandestina, saturada de invitaciones evidentes, al más fugaz de los placeres.

De pronto. También, la injusticia de la justicia que se resuelve siempre en favor de quienes más dinero destinan a obtener caracteres de legalidad para lo que no es sino delito contra los desgraciados.

Frente a la realidad, que no se cree analizada, el espíritu observador del niño enfermo anota, inconsciente, una y otra injusticia una y otra generosidad.

La mayor de todas las crueldades el asesinato del padre en la presencia misma del hijo inválido. Como si eso fuera poco, la pérdida de cuanto le pertenece. Las leyes, por algo son humanas, lo declaran hijo natural.

Rueda de sala en sala en las llamadas instituciones de beneficencia. A pesar de las dificultades que le presentan los hombres y la suerte, hija legítima de la voluntad de los mismos hombres, el inválido logra ascender. Por algo, cree solamente en la efectividad en la eternidad de los bienes que atesora el espíritu: verdad, belleza, bondad y amor.

Logra hacerse médico. Vuelve al terruño en donde siente más viva, más intensa su alma llanera. Lo atrae, con sus encantos sin fin, la pampa guanacasteca cuyo recuerdo nunca han dejado de esfumarse.

La consciencia suya, que posee una proyectividad asombrosa, ansía perfeccionarlo todo. Hasta aquello que parece indigno de mejoría alguna.

Su espíritu de actividad contagiosa quiere trabajar y hacer trabajar el escenario de su influencia. Ha de ser un hospital pobre, enclavado como una vergüenza en una de las ciudades de la llanura nativa.

Allí encuentra, de nuevo, a la María Cenicienta de su lejana infancia dolorosa. A Guisella la virgen de sus ensueños de antes, de ahora, de siempre. ¿Pura? ¿Culpable? ¿Es culpa el haber creído ingenuamente en el amor? ¿Y qué importa si un nuevo amor llega a santificarlo todo?

Ante el resurgir de una pasión, cuya existencia apenas había sido vislumbrada, ante el brote radiante de una fe profunda, los dos desgraciados de otrora alientan la inesperada promesa de una bien merecida felicidad.

Admirable la pintura de caracteres. Fiel la descripción viva de las escenas, encanto de todo espíritu que se siente realmente llanero.

Edelmira González
Herrera

Mil ochocientos veintitrés. Dos años apenas de vida independiente cuenta la nación que logró separarse de la Madre España, sin disgusto, ni discordias, ni opresiones.

Apenas nació a la libertad empezó a ser víctima de las diferencias de opinión entre sus hijos bien amados. Los unos querían esclavizarse de nuevo bajo los auspicios del emperador mexicano Agustín de Iturbide. Los otros deseaban proclamar la república. Se enfrentan, los partidos, en lo que llamó el combate de Las Lagunas en el alto de Ochomogo. Hay muertos, heridos y prisioneros. Cartago deja de ser la capital, honor que desde aquellos lejanos días le corresponde a San José.

En ese combate, doña Elvira Beltrán, mujer más bella y al mismo tiempo, la menos dichosa de Cartago, pierde a su padre, ve desterrado al amante de quien ha tenido una hija, entregada, al seductor y cuyo paradero nadie es capaz de conocer.

Tanta tristeza reunida hace perder la razón a doña Elvira, durante un periodo de diez años. A su lado, crece una niña del campo recogida en la misma época en la que se enfrentaron las armas imperialistas y las republicanas.

Cuando Anita, la muchacha recogida, cumple dieciocho años, siente nacer en lo íntimo de su alma una poderosa simpatía hacia Luis, magnífico joven perteneciente a una muy buena familia de San José. A esos amores, con energía única, se opone doña Elvira, quien seguramente ha echado en olvido la oposición que, otrora, manifiestan contra sus propios amores, su padre, el general Beltrán.

Aquel Romeo, hijo nada menos que del seductor de doña Elvira, queriendo seguir sin duda las huellas de su padre, rapta a la adolescente muchacha y la deposita en casa del señor gobernador.

Cuando el sacerdote va a unir en matrimonio a los dos rebeldes, Luis y Anita, se llega a saber que la segunda es el fruto de los amores clandestinos de la desgraciada doña Elvira. Los dos muchachos son, en consecuencia, hijos del mismo padre.

La historia termina con el terremoto del año ochocientos cuarenta y uno que redujo a escombros la ciudad de Cartago.

En el epílogo se nos dice que Luis, desesperado, se dedicó al sacerdocio mereciendo, por sus virtudes cristianas, el nombre de Padre Santo. Anita se unió en matrimonio con el mejor de los amigos de su hermano Luis. Doña Elvira, ya anciana, se complacía en visitar la Cruz de Caravaca con la cual la fe detuvo la invasión de los zambos mosquitos y avance de una terrible epidemia.

Ante los brazos extendidos de aquel símbolo de misericordia, murió la que fue la más bella y la más desdichada de las mujeres cartaginesas.

Una narración de corte neta mente romántica que se lee con cariño. Tanto es el que, al escribirla, puso su autora, hija predilecta de la inteligente mujer que escribió *El espíritu del río*. De noble estirpe, como se ve.